



LA MEMORIA TRANS

Irse de todos los lugares...eso parece significar ser una persona trans

Conmemoramos este 20 de noviembre la memoria trans, un día ritual creado por el movimiento social para promover espacios de reflexión y buscar compromisos en las sociedades y Estados ante la sistemática violencia que les afecta, lo reducido de su expectativa de vida, la precarización con la que deben afrontar la cotidianidad, la criminalización de la que son objeto y las acciones prejuiciosas que viven a diario cuando buscan asumir su ciudadanía plena. Es que no solo las mujeres y los hombres trans, dentro de la población LGBTI, viven de manera más contundente la ausencia de sus derechos, sino que hacer de su construcción o deconstrucción identitaria su lucha política y asumir la visibilidad como esencia de su exigibilidad, son depositarias de pobreza histórica, inequidad estructural, violencia permanente sobre sus cuerpos, invisibilización en los sistemas políticos y expresiones sociales de desprecio sobre su vida y lo que representan.

En los 11 años de existencia de Caribe Afirmativo hemos tenido la angustiosa tarea de documentar más 68 homicidios y feminicidios de personas trans en el Caribe, cometidos en contextos altamente prejuiciosos: asesinadas con múltiples impactos de armas de fuego, aniquiladas con incontables chuzadas de armas blancas que perforan sus cuerpos, el uso creciente de armas contundentes y las múltiples formas de violencia que dejan constancia de un doloroso sufrimiento previo a la muerte, con la intención de borrarlas y a la vez de mandar un mensaje aterrador a las demás personas trans. Aún después de muertas, sus cuerpos son despreciados: abandonadas en espacios deshabitados, reportadas por los medios con alto nivel de amarillismo e ignoradas por el Estado que olvida que sus vidas importan. A lo anterior se suma la violencia policial que es sistemática y que las persigue con más ahínco que a una práctica delincuencia, las amenazas por actores ilegales que las han puesto en medio de confrontaciones que no les pertenecen, la negación en la atención del sistema de salud, la transfobia en espacios escolares y laborales, y la complicidad social en desconocer su ciudadanía.

En esta ocasión quisiera parafrasear un texto literario que se ha convertido en una pieza clave para entender la naturalización de la violencia contra las personas trans



en la región, “Las Malas” de Camila Sosa, mujer trans Argentina que hace una recopilación de un blog que alimentó por años, donde narra lo que significa la apuesta de resistencia que viven, particularmente las mujeres trans, en muchas ciudades de América Latina y el Caribe, condenadas al anonimato como mecanismo de supervivencia, a la fragmentación de sus vidas entre aparentar un estatus diurno para tener reconocimiento y ocultarse en la noche para construir su realización, el olvido de sus familias que justo cuando ellas se sienten renacer las aniquila, y el desprecio de la sociedad que las pone en el renglón de la invisibilidad.

Tuvo la oportunidad, que es muy escasa entre las persona trans, de ir a la universidad, donde refugiada en la carrera de Comunicación cultivó la destreza de escribir y narrar, convirtiendo luego su propia vida en objeto de estudio, plasmando con su puño y letras esas historias entre líneas de la vida de sus compañeras trans en la calle, expuestas a la intemperie de las críticas sociales, donde, como mecanismo de resistencia que la cultura opresora lee como domesticación, ella asume en su texto una figura llamada **la ciudadanía de la transparencia**, entendida como el inevitable destino de las personas trans a estar condenadas al anonimato para no ser visibles y pasar desapercibidas, pues su presencia, es más, su sola existencia, molesta al mundo: *“tan solo con agachar la cabeza las travestis logran el don de la transparencia que les ha sido dado en el momento de su bautizo”*.

Su relato, abre con la legendaria vida de la madre, la tía Encarnación, que como enuncia su nombre “encarna” una realidad excepcional de las personas trans: vivir hasta la edad adulta. Ella, en su labor de protectora luego de años de calle y al ser una sobreviviente del desprecio social a las personas trans, pone todos sus esfuerzos en brindar un espacio de acogida, convirtiendo su casa en un inquilinato parecido a un oasis para las jóvenes vidas trans en medio del desierto de la violencia a la que se ven expuestas en su vida nocturna en el parque Sarmiento de la ciudad de Córdoba. Allí se juntaron las vidas solitarias de mujeres trans dedicadas al trabajo sexual, muchas de ellas iniciando su proceso de transición, luego de abandonar prácticas campesinas y rurales, como la de Camila, marcada por el odio de su papá, el silencio de su mamá y las situaciones de abuso y violencia sexual a las que se veía sometida en un pueblo donde su existencia parecía única por ser un niño afeminado, educándola en el miedo e impartándole odio por formación; por



eso afirma en el momento más coyuntural de la exposición de su vida: *“eso somos como país...el daño sin tregua al cuerpo de las travestis. La huella dejada en determinados cuerpos, de manera injusta, azarosa y evitable, esa huella del odio”*.

La noche como su espacio ideal, el parque oscuro como su guarida, el estar siempre alertar a huir de la violencia policial, el esperar de los clientes expresiones de burla después del servicio y construir formas cada vez más sofisticadas de anonimato son la cotidianidad de las personas trans que se leen en las 6 historias que se entrecruzan en “Las Malas”, vidas que se ven interrumpidas por la resignificación del relato amoroso cuando un niño abandonado llega a su rutina y asumen ese halito de maternidad y cuidado que les es propio, el don de la protección, hermanamiento y sororidad que consolida afectos entre ellas y hace un paréntesis ante la cotidianidad de la aguda violencia; como narra la autora: *“a toda travesti se le da, en el reparto de dones, el poder de la transparencia y el arte del deslumbramiento. Todas nosotras estamos acostumbradas a caminar muy rápido, casi al límite del trote. La velocidad de la caminata era consecuencia de nuestro afán por ser transparentes, cada vez que nuestra humanidad se volvía sólida, tanto los hombres como las mujeres, los niños como los viejos y los adolescentes nos gritaban que no, que no éramos transparentes: éramos travestis, éramos tordo lo que en ellos despertaba el insulto, el rechazo, por eso con mayor o menor arte, intentábamos la transparencia. El triunfo de volver a casa habiendo sido invisibles y llegar limpias de agresiones. La transparencia, el camuflaje, la invisibilidad, el silencio visual era nuestra pequeña felicidad de cada día, los momentos de descanso”*.

La vida trans es una lucha, un combate que se disputa en sus cuerpos entre un Estado opresor que no quiere reconocer sus derechos y unas prácticas comunitarias y culturales que les niegan su dignidad; allí, las expresiones simbólicas, verbales y físicas de la complicidad social, el riesgo diario en lo público de ser sometidas a la humillación, y la urgencia de esconder el cuerpo o mimetizarlo son el escenario donde día a día se ofrece la función en la cual sobreviven las personas trans: *“Somos como un atardecer sin lentes de sol, neutro fulgor enceguece, ofusca a los que nos miran y los asusta. Es cierto, pero siempre podemos partir. Y nuestro cuerpo va con nosotras. Nuestro cuerpo es nuestra patria”*.



Pero lejos de la máxima social de envejecer con dignidad y morir tranquilas, con la misma turbulencia con la que el mundo recibe a las personas trans las arroja con mayor ímpetu a la muerte: al final, quedarse sola, ver morir a las compañeras en altas condiciones de precariedad en el inicio de su vida, esperar que sean violentadas y asesinadas en el espacio público, no tener quien les lllore, perder contacto con sus familias, y huir de un lugar a otro como si en ninguno pudiesen echar raíces, porque donde entra el bienestar sale la vida trans, las convierte en hijas de la violencia y habitantes del mundo del desprecio, como lo afirma Camila en su libro, en un momento en el que experimenta violencia: *“el tumor de nuestro resentimiento, la amargura de nuestra orfandad, el lento homicidio cometido sobre las de nuestra especie, las zorras, las lobas, las pájaras. Voy a repetirlo a pesar del pecado literario: y también de las ganas de matar muy fuertes, provenientes de un lugar desconocido y sin nombre, la madre de nuestra violencia. Allá en el fondo de nuestra memoria, todo ese registro olvidado en el proceso de desensibilización al que nos sometimos día a día para no morir”*.

Pero Camila es la excepción, la mayoría, casi todas las personas trans, viven resistiendo y mueren en silencio. Nos hemos acostumbrado todos los días, particularmente los fines de semana, a todas horas, especialmente en las noches, en cualquier lugar, sobre todo el espacio público y proveniente de cualquier actor, con frecuencia de quien tiene poder, a ver asesinadas a las personas trans, encontrar sus cuerpos golpeados y maltratados, sentir en sus palabras de rebeldía lo frágil que es su lazo con la vida, porque parece que su libre elección les condena a la muerte y que vivir en su ascensión de tránsito es un privilegio. Por eso hoy, queremos, acogiendo la invitación de Camila, mirar hacia el cielo, vestido de color fucsia... *“el cielo de las travestis debe ser hermoso como los paisajes deslumbrantes del recuerdo, un lugar donde pasar la eternidad sin aburrirse. Las lobas travestis que mueren en invierno son acogidas con especial pompa y alegría, y en aquel mundo paralelo reciben toda la bondad que se les mezquinó en este mundo perverso”*.

Wilson Castañeda Castro

Director Corporación Caribe Afirmativo

www.caribeafirmativo.com

info@caribeafirmativo.com / caribeafirmativo@gmail.com

Barranquilla - Cartagena, Colombia.